

impresionados y falta de simpatías para el heroico quijotismo en el embestir inconsulto.

Enfin soberbia cobardía y no valor es el acto del suicida, que quiere con él terminar su jornada, ahorrarse trabajos o pretende lavar así su alma de oprobios y baldones.

Contrahinchuras del valor son estos actos y en nada se parecen al de Ricaurte. Cuando este valeroso heroico incendió el parque de San Mateo, no había meditado el fin que se proponía y buscado en la reflexión medios apropiados a su consecución?

No de loco pues, si de cuerdo no de ambicioso, antes de abnegado, menos todavía de cobardo o medrador, cuando: de mártir fue el acto del Capitán, el acto del 25 de Marzo de 1814, y de heroico la ejecución de una resolución firme tomada después de haber pesado lo cierto de los peligros a que se exponía su autor y la necesidad urgente que le obligaba a elegir medios tan extremados como ciertos para alcanzar el fin que se propusiera: la libertad de su Patria.

Conferenciando consigo mismo Ricaurte tuvo que acallar las voces de la naturaleza y romper lazos numerosos y puros que le tenían unido estrechamente a la vida. Examinado por sí mismo, lo que hace su sacrificio todavía más generoso por

que más razonado, fue el reprimir inoportunas e inconducentes audacias; fue el calcular a sangre fría las circunstancias del disparo legendario de su pistola: para que resultara su sacrificio menos costoso a los de su bando, conservándoles la vida, es decir, a sus soldados, a quienes hizo retirar para que su sacrificio resultara más provechoso para la causa que servía aguardando, notan bien esta circunstancia, aguardando el momento preciso en que había de volar con la fortaleza y los elementos de guerra; que todo ello fuese ya del ejército libertador sino del opresionista.

Enseñase pues Ricaurte como valeroso en toda la acepción de la palabra porque en tiempo de guerra, en caros con la prudente reflexión y resueltamente sacrificando todo lo que era suyo y lo suyo exclusivamente porque a su Patria la guerra de amor verdadero.

La filosofía cristiana en la parte que lleva el nombre de moral o ética nos enseña que hemos de amar a Dios primero, como fuente de toda bienaventuranza y a nuestro prójimo porque junto con nosotros participa a esta il-